

AUTORRETRATO

Federico Delicado

Para mí es un placer indagar con el dibujo. El resultado plástico final no me importa más allá de lo que tiene de testigo y recordatorio de esa búsqueda.

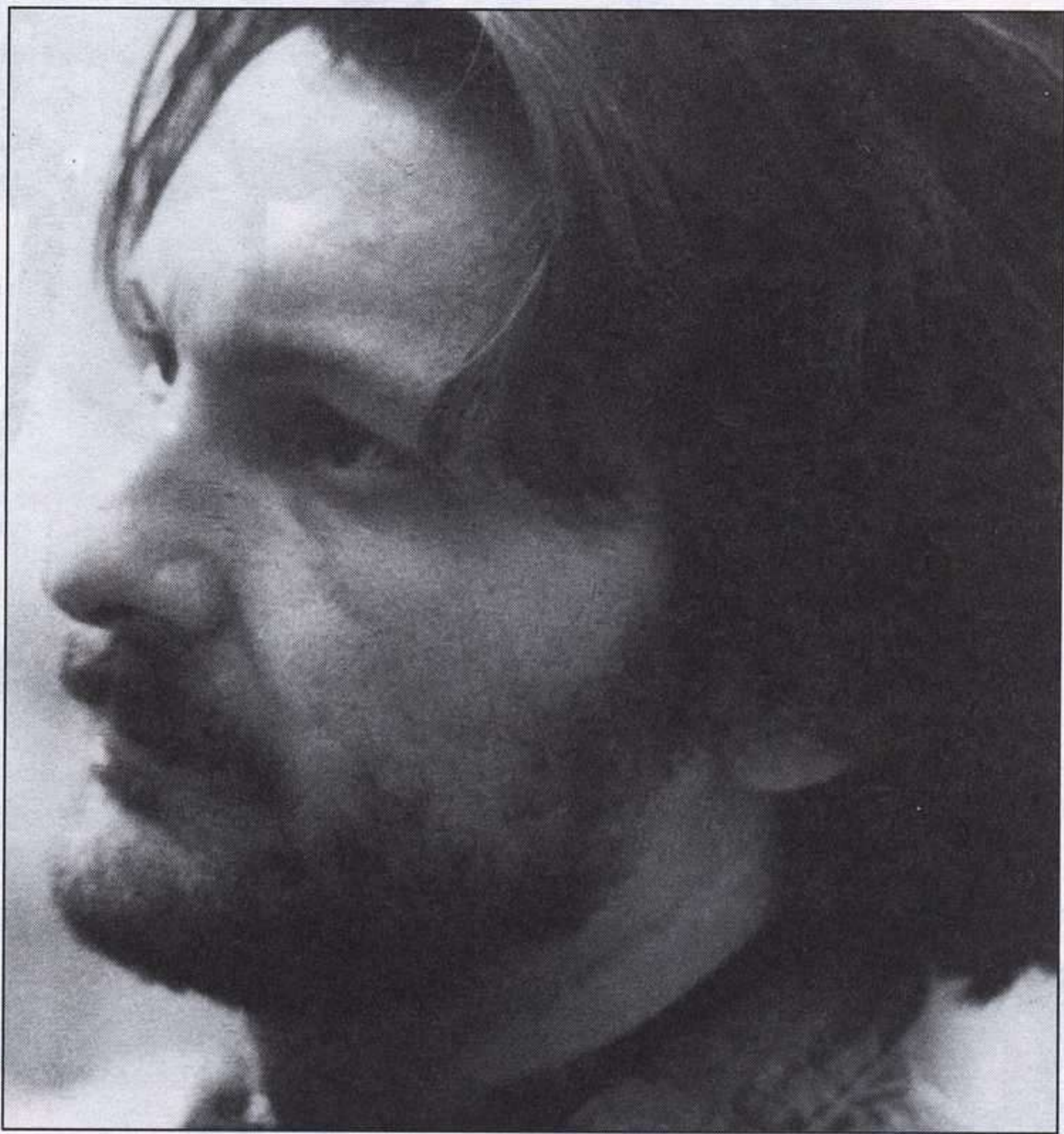
En un mundo de saturación de mensajes informativos, donde se multiplican los productos y la realidad tiene categoría de espectáculo, no hay capacidad para aguantar tanta carga de señales produciendo desechos semióticos contaminantes. Desechos aplanados, sin espesor, sin apenas materia, pero igualmente contaminantes: son ruidos.

Pero el dibujo es silencio, y requiere concentración para intentar con éxito la fusión entre apariencia y esencia, adentrarse en la intuición, absorberse en el objeto y olvidar toda individualidad.

Pretendo que el dibujo actúe como llave de estados estéticos, instantes verdaderos de tiempo en estado puro. Sin olvidar que esto también lo abre un olor, un gusto, una textura... pero yo elijo el dibujo como guía o pretexto para tratar de interpretar, descifrar y explicar.

Ahora bien, a veces la ilustración de libros mata al dibujo adoptando una función servicial, prescriptora más que evocadora, acompañante del texto como una carabina, y fiel a la idea de producto editorial. Ceñidas con corsé didáctico a contenidos y finalidades preestablecidos de cara al mercado, al gusto formado o al gusto de los entendidos. Todo esto es contrario al discurrir (en su doble acepción) del dibujo. El proyecto, el diseño, es a la idea, como el dibujo es al pensamiento: una se modela, el otro brota.

El ilustrador es un lector activo que cuenta, a otros, imágenes que determinado texto producen en él. Pero no sólo las imágenes, también la esencia del contenido que una mala lectura



puede sustraernos. Allí tal vez no llegue la ilustración. Habrá que hacer como los hombres primitivos: entrar en la cueva, al fondo, con bujías de sebo de huesos, donde no llega la luz del sol, dibujando de memoria, con los ojos hacia dentro, la fidelidad de la percepción.

Hace tiempo, me dieron a leer un cuento corto tan intenso, con un juego de luces y sombras, tan vívido que pensé: jamás podré ilustrarlo. Ahora, él mismo ha dejado su poso y sé que puedo dibujarlo, dejando, con un palo, un rastro en la tierra; con el trazo ondulante que queda en la pared si la tiznas al pasar; con agua sobre el cemento de un patio; en los márgenes de los libros; con un clavo sobre ma-

dera; en el dorso de las manos, o con ceniza y restos de vino sobre la mesa donde comen los invitados de la boda.

Bibliografía (selección)

- Flor de miel*, Madrid: Siruela, 1991.
El mercader de incienso, Madrid: Siruela, 1992.
¡Qué desastre de niño!, Madrid: SM, 1992.
 Colección Víctor y Cía., Madrid: SM, 1994.

AUTORRETRATO

